

Didáctica Geográfica, 2.^a época
7, pp. 487-495
ISSN: 0210-492-X
DL: MU 288-1977
Editado en 2005

VIGENCIA DE CONCEPTOS Y SABERES CLÁSICOS. RELEYENDO Y REMEMORANDO A VIEJOS MAESTROS

JOSÉ MANUEL RUBIO RECIO

Profesor Emérito
Universidad de Sevilla

*“El tiempo ha pasado para mi y me acerco
a esa edad consagrada mas bien a rumiar
que ha realizar experimentos”.*

Robert Hainard

RESUMEN:

Reflexiones sobre la filosofía que inspiró el quehacer geográfico de viejos maestros de la Geografía y que, de alguna manera, pueden y deben seguir en pie. “Gestalt percepción” y empirismos inductivistas siguen siendo importantes.

PALABRAS CLAVE:

Metodología. Filosofía y Ciencia. Geografía.

ABSTRACT:

Reflections on the philosophy that inspired the geographic task of old teachers of Geography and that, somehow, can and must follow still on. "Gestalt perception" and inductivists empirism continues being important.

KEY WORDS:

Methodology, Philosophy and Science, Geography.

RÉSUMÉ:

Réflexions sur la philosophie qui a inspiré le travail géographique de vieux enseignants de la Géographie et qui, d'une certaine manière, peuvent et doivent suivre en pied. "Gestalt perception" et empirismos inductivistas sont encore importants.

MOTS CLÉ:

Méthodologie, Philosophie et Science, Géographie.

A esa situación van a responder las líneas con las que quiero rendir merecido homenaje a quien hace años compartió conmigo, en el Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo, discusiones metodológicas sobre el sentido y el quehacer geográficos, que nos enriquecieron a ambos.

Si buscásemos a alguien como inspirador de la Geografía moderna, en la mayoría de nosotros surgiría el nombre de Alejandro de Humboldt.

En su obra se reflejan las observaciones de sus viajes, pero detrás está su formación filosófico-científica y, en ella, emerge la figura de Immanuel Kant, que enseñó Física y Matemáticas en la Universidad de Königsberg. Se le conoce, sobre todo, por su obra filosófica y, dentro de ella, por lo escrito en su madurez: la "Crítica de la razón pura". Pero hay otros escritos que no han sido traducidos al castellano hasta la década final del siglo XX, como son los "Primeros principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza", en los que se pueden encontrar los gérmenes del pensar de Humboldt.

Por otro lado, sabemos que a los 31 años escribió, sorprendiendo, un tratado sobre el origen del universo, en el que apuntaba, adelantándose en el tiempo, la existencia de nebulosas. Y, además, aburría a sus auditorios con interminables conferencias de lo que era su temática favorita: la Geografía Física. (Kant, I. 1993.)

Reunió las principales teorías filosóficas del momento y, siguiendo a D. Hume, afirmó que todo lo que podíamos saber era lo que percibíamos individualmente a través de los sentidos –la percepción se convertía, ya entonces, en cuestión trascendente para la filosofía de la ciencia, en aquellos años de la segunda mitad del siglo XVIII–. Al mismo tiempo, el racionalista G. Leibniz, en línea parecida, mantuvo que era posible conocer el mundo objetivamente.

A ambas posiciones, Kant, arguyó que, si bien los objetos podían existir independientemente del individuo que los percibía, su carácter estaba influido por el punto de vista del observador. Y, como este punto de vista estaba limitado por el contexto en el que nos encontramos nosotros mismos, estos límites afectaban a la manera en la que se percibían las cosas.

Algo después decidió que podía definirse el mundo respondiendo a cuatro cuestiones: “donde”, “cuando”, “que” y “como”, evitando, curiosamente, la incómoda pregunta del “por qué”.

Kant fue un empirista que creyó que la experiencia personal podía conducir a una verdadera comprensión del mundo. Quizá esa manera de pensar es la que motivó el planteamiento personal de la vida viajera de Alejandro de Humboldt.

Hoy, el empirismo, inevitablemente inductivista y descriptivista, no está de moda, sin embargo voy a romper una lanza en su favor, apoyándome en un científico que me fascina. Se trata del premio Nóbel Konrad Lorenz, para el que empirismo, inductivismo y descriptivismo han sido, son y siguen siendo procesos fundamentales en el proceder científico del mundo de los naturalistas. —¿Lo somos los geógrafos?— Según él, “las fases del progreso científico son la observación y la descripción, la clasificación, la proposición de las relaciones entre los componentes del sistema analizado, la comprobación de las hipótesis tratando de probar si son erróneas y, luego, si fracasan las tentativas de refutación, la aceptación provisional de dichas relaciones en tanto que ley científica” (Nisbett, A. 1979.)

El definió a la biología —y yo creo que ello es aplicable a las ciencias de la Tierra— como ciencia compleja y primitiva, —¿Cuál no lo es?— y la que mas depende de la observación y la descripción de una gran cantidad de detalles, y su dificultad reside en traducirles en cifras y, por consiguiente en leyes de tipo físico. Y, para él, su metodología científica era la “Gestalt percepción”.

De esta expresión surgió un activo grupo y escuela científica, dentro de la psicología, que profundizó en el tema con diversa fortuna: los conductistas, de los que no me voy a ocupar, aunque si me parece importante que se conozca su origen.

Entre los cultivadores de las ciencias de la Tierra hay los que pudiéramos llamar “grandes naturalistas”. Hombres cuyos experimentos o construcciones científicas funcionan con más seguridad que las de sus colegas. Hombres cuyos cálculos les conducen con suma facilidad a conclusiones aparentemente inesperadas y que parecen tener el don de contestar a la pregunta justa, en el tiempo justo, o que se encuentran en el lugar adecuado cuando algo ocurre. Estos hombres suelen conseguir sus resultados con una facilidad engañosa, aunque no siempre con rapidez. Estas personas tienen mucho que ofrecer por cuanto su ciencia y su cualidad común son una especie de intuición científica, semejante a la Gestalt de Lorenz.

Para mi lo han sido José A. Valverde, muy cercanamente y, a mas distancia, Fernando González Bernáldez y Ramón Margalef.

Yo, personalmente, me siento muy solidario con Lorenz cuando considera que “aun queda por realizar una cantidad tremenda de trabajo descriptivo”; y cuando teme “que la necesaria descripción pueda ser detenida por la locura de la cuantificación”.(Nisbett, A. 1979.)

N. Tinbergen, con quien Lorenz compartió el Nóbel, es igualmente explícito cuando dice: “el desprecio de la simple observación, es un rasgo mortal en cualquier ciencia.(Nisbett. A. 1979.)

La visión de Lorenz es, curiosamente, opuesta a la de un condiscípulo, compañero y amigo, pero cuya vida se desenvolvió en Inglaterra, mientras la de Lorenz se mantuvo en Austria y Alemania. Se trata de K. Popper, del que llega a decir: “es muy laborioso seguir las sugerencias de Popper y su falsacionismo. No estamos hechos como para desear probar la falsedad de las teorías propias; preferimos refutar a nuestro adversario. Y no llego a comprender por que Popper rechaza los procesos inductivos como fuente de conocimiento”. (Nisbett, A. 1979.)

En el fondo de la cuestión creo que volvemos a encontrarnos con la influencia de Kant, para el que “todo nuestro conocimiento proviene de dos fuentes: la sensibilidad nos da el objeto; el entendimiento lo piensa”. (Kant, I. 1993.) La primera oración no es sino observación y descripción y la segunda la explicación. Los eternos caminos de la ciencia.

Siendo el titular, como ya dijimos, de la cátedra de física y matemáticas -- lo que le llevó a sentar las bases de la futura ciencia de la mecánica --, también le hizo afirmar que “cualquier objeto de estudio físico ha de tener magnitud”.

Con ello está sentando las bases de la necesaria cuantificación, para complementar la simple descripción literaria. Para él, “la realidad no es mas que un conjunto de relaciones métricas y geométricas, un entretejido de estructuras transparentes. Vamos, lo que hoy llamaríamos un sistema. Y en relación con la cuantificación llega a afirmar “la teoría de la naturaleza contendrá sola tanta ciencia propiamente dicha como matemática pueda ser aplicada a ella”. (Kant, I. 1993.)

Sin saber por qué, nunca leí a Humboldt buscando método o filosofía. Me dejaba arrastrar por el relato, y me abrumaba y agotaba la acumulación de observaciones, de las que muchas, --con mi óptica del momento-- se despegaban del conjunto, mientras descripciones u observaciones me resultaban sorprendentes por lo adelantadas a su tiempo y el cómo las relacionaba con el funcionamiento del sistema Tierra.

En otra línea llegaron a molestarme sus juicios a la situación colonial y de quien la mantenía que, por otra parte, eran los que le facilitaron extraordinarias credenciales, que le permitieron no solo no encontrarse con obstáculos administrativos, sino facilidades sin cuento, que él da como naturales. Siempre me cabe la duda de si otra gran nación colonial le hubiera dispensado el cúmulo de atenciones con las que se encontró Humboldt, merced a las cartas de nuestra Corona que portaba o que incluso le precedían, en toda la América Hispana. Mas estas reflexiones son marginales.

Su magisterio fuera del mundo universitario, que solo le acogió como conferenciante excepcional, pero ocasional; junto con el de Ritter como profesor universitario y coincidentes en el tiempo, les asigna sin posible discusión la paternidad de la Geografía moderna.

Una frase de Humboldt –y soy conciente de que podríamos encontrar otras muchas– puede sintetizarnos su filosofía geográfica: “mi ensayo sobre el cosmos es la contemplación del universo fundada en un empirismo razonado, es decir, sobre el conjunto de hechos registrados por la ciencia y sometidos a operaciones del entendimiento que compara y combina”. (Humboldt, A de. 1874.)

Igualmente dice en la pag. 3 del Cosmos: “el resultado mas importante de un estudio racional de la naturaleza es recoger la unidad y la armonía de esa inmensa acumulación de cosas y de fuerzas”. ¿El buscar unidad y armonía, no es pura “Gestalt” de Lorenz?.

Y también coincide con él cuando ambos dicen que la observación de la naturaleza les produce asombro, placer, embeleso; y se recrean, muchas veces, en la descripción de algunos de los momentos en los que sintieron esa plenitud. Humboldt, por ejemplo, relata, en la pag. 5 del Cosmos: “Recuerdo el vértice del pico de Tenerife en el momento en el que una capa horizontal de nubes, deslumbrante de blancura separa el cono de cenizas de la llanura inferior, y súbitamente, deja que desde el mismo borde del cráter pueda la vista dominar las viñas de la Orotava, los jardines de naranjos y los grupos espesos de los plátanos del litoral”. La filosofía de K. Ritter, naturalmente en otra línea, está marcada por su carácter profesoral, tratando de reunir en su inacabado *Erdkunde* un tratado sobre la ciencia de la Tierra en sus relaciones con la naturaleza y la historia del hombre.

Débase pensar que tanto Ritter como Humboldt están inmersos en pleno pensamiento romántico, que cree en la armónica integración del mundo orgánico con el inorgánico y de lo humano con lo no humano. No quieren renunciar al conoci-

miento de la totalidad de la Tierra y quieren hacerlo por conocimiento real. Conocimiento científico, relativamente moderno, pero que ya en aquellos tiempos había crecido lo suficiente para que fuera una empresa imposible para una persona sola a lo largo de una vida, por mucha edad que alcanzasen.

Fueron conscientes de que los conocimientos geográficos, al ser conocimientos espaciales, necesitaban una representación cartográfica, lo que se materializó, pocos años antes de su muerte, al aparecer el *Physikalischer Schul-Atlas* de H. Berhaus en 1850. (Reeditado, por cierto, en 1999.)

En esas fuentes bebieron las generaciones posteriores de los geógrafos europeos, de la misma manera que los de mis años o anteriores lo hicieron con el epígrafe de la geografía francesa y su nutrida escuela. Me referiré, por lo tanto, ahora, a Paul Vidal de la Blache, cuya vida va desde 1845 a 1918.

Sus comienzos tienen algo en común con los de Humboldt, en cuanto a sus aficiones viajeras, aunque no con la amplitud y continuidad de aquel. Orientado primero hacia las ciencias históricas, en 1867 fue nombrado miembro de la Escuela Francesa de Atenas, a la que se incorpora tras una estancia de varios meses en Roma. Ya en Grecia prepara su tesis doctoral y viaja por este país, así como por Turquía, Siria, Palestina y Egipto, pero aún no se ha decantado por la Geografía. Ello ocurre después de leer su tesis doctoral sobre la antigua Grecia e incorporarse como profesor de Historia y Geografía en diversos centros de enseñanza universitaria ya en Francia, hasta volver a aquel en el que se había formado: la Escuela Normal Superior, pasando años después a la Sorbona (1898).

(Bosque Maurel, J. y Ortega Alba, F. 1995). Siempre que le fue posible siguió viajando, como factor de formación, de la misma manera que no abandonará su formación histórica, que seguirá presente en su obra y en su filosofía de hacer Geografía.

Desde mi particular punto de vista y sin dejar de ver la personalidad de sus continuadores, pienso que el pensar geográfico de V. de la Blache le percibimos mejor a través de lo que hicieron sus discípulos que por lo que él dejó escrito. Debí ser un profesor fuera de serie. Un transmisor de ideas y métodos. Un consejero científico por encima de lo normal, con lo que pudiéramos llamar una gran capacidad de arrastre. En muchos casos su pensamiento o su manera de hacer trasciende explícitamente en los escritos de los discípulos o colegas. Se le cita y se le utiliza como referencia en decenas de ciencias afines a la nuestra o a las históricas. Valga como ejemplo la

lectura de "La tierra y la evolución humana. Introducción geográfica a la historia" de Luciano Febvre (1949). Historiador que por razones de la temática de su obra se enfrenta con la necesidad de definir el papel del medio en la historia del hombre.

Es quizá él quien sugiere la existencia en la escuela vidaliana de un "espíritu geográfico", dimanado del maestro, pero dejando en libertad a sus continuadores para reflejar su personalidad científica y sus dotes de percepción y análisis, lo que supone, naturalmente, preferencias. Pero el sello V. de la Blache se ve. Siempre está presente. Lo único que parece exigir es lógica científica, sin encorsetamiento alguno de límites científicos que, las más de las veces solo buscan acotar campos para su manejo personal.

Al igual que pasa con él, pienso que pasa con la semilla sembrada para los historiadores por Febvre cuando planteó en la obra citada su visión del papel del medio en la historia del hombre. Aunque medien muchos años de diferencia, Febvre está reflejado en el Mediterráneo de F. Braudel, cual si hubieran sido maestro y discípulo directos.

Si con la perspectiva apuntada volvemos a V. de la Blache nos encontramos solo con un breve número de artículos, publicados en los Anales de Geografía, que él fundó, entre los que yo destacaría el dedicado a "Los caracteres distintivos de la Geografía" –no todos los demás tienen ese carácter– y a su obra, inconclusa, recopilada tras de su muerte por su discípulo y yerno, E. de Martonne, titulada "Principios de Geografía Humana" (1922), que no deja de ser un breve conjunto de bocetos sobre lo que podría haber sido un tratado de Geografía Humana.

Su magisterio fue el "Espíritu geográfico". La Gestalt geográfica que transmitió a sus compañeros y discípulos. Sin pretender exhaustivizar señalaría, entre otros, al ya citado

E. de Martonne, con su tesis sobre la Valaquia y su tratado de Geografía Física; a Albert Demangeon, con su tesis sobre la llanura de Picardía y sus Problemas de Geografía Humana; a Raul Blanchard y su tesis sobre Flandes; a Camile Vallaux que se doctoró con un trabajo sobre la Baja Bretaña y que tiene otras dos obras de carácter muy distinto, pero que todavía se leen con gusto y una de ellas, la Geografía de los mares, todavía contiene materiales con validez; la otra es de geopolítica y queda mas alejada del conjunto geográfico puramente vidaliano; y cómo no recordar la tesis de Jules Sion sobre los Campesinos de Normandía Oriental, y al que le dedicaremos a continuación cierta atención, –Maximiliano Sorre– que hizo su tesis sobre los Pirineos Mediterráneos.

Todos ellos iniciaron “su” geografía con magníficas Tesis Doctorales de Geografía Regional, que fueron durante años, modelos a seguir. Fue la exigencia o norma del maestro. Se abandonaba la visión romántica, inasequible e inabordable por inabarcable del mundo de los maestros alemanes, reduciendo el espacio a conocer, para hacerlo con una mayor profundidad.

Pero no abandonó las ideas de sus predecesores y se embarcó, lo mismo que los historiadores con la obra de “La Evolución de la Humanidad”, coordinada por Henri Berr (1955), en la realización de una magna obra de Geografía Descriptiva Mundial, que con sus veintitantos volúmenes y terminada bastantes años después de su muerte, fue durante un tiempo obra de referencia inexcusable. Hoy, la podremos considerar anticuada –lógico– y desigual– por los diferentes colaboradores–, pero releer en nuestros días algunas partes o temas sigue siendo un gozo intelectual. Se me podrá decir que es una opinión trasnochada, propia de un mayor, y no dejará de ser cierto. Pero no les vendría mal a muchos de nuestros jóvenes y a otros no tan jóvenes geógrafos, –que pueden no tener claro lo que es Geografía– asomarse a los tomos escritos por Demangeon, por Martonne, por Baulig o por Sion. El “espíritu geográfico” está en ellos y, a mi parecer, trasciende.

Un ya viejo profesor y amigo me contó una vez como sus primeros ahorros, de recién licenciado, los invirtió en comprarse el tratado de Geografía Física de E. de Martonne. Pues bien, mis primeros ahorros fueron para adquirir los Fundamentos biológicos de la Geografía Humana, de Max Sorre que, años más tarde, completaría con sus tomos dedicados a los Fundamentos técnicos y al Hábitat. Aquel primer tomo, traducido por aquellos años al castellano, está lleno de subrayados y observaciones en relación con mi ya incipiente afición a la Biogeografía, tema con el que me martilleaba José A. Valverde de manera insistente. Pero si en aquellos años hacer Geografía Física era un verdadero suicidio, por su falta de horizonte y de comprensión entre el gremio, hablar de Biogeografía le situaba a uno en el camino del malcomió.

Con Max Sorre te sentías reconfortado. En el encontrabas al mundo biológico en contacto con el mundo humano y todo con una lógica fácil y, en muchos casos, con autocrítica. Después leería sus “Rencontres de la Geographie et de la Sociologie, igualmente sugestiva. Y es que la manera de expresarse de Max Sorre es humilde, es sencilla. A mi me sigue cautivando el que ya entonces, –que nadie en España, salvo José A. Valverde, que nos martirizaba con ella– usase con frecuencia la palabra Ecología, pero sin caer en determinismos absolutos.

Ya en la primera página dice algo que a mi se me gravó de forma indeleble: “Las relaciones del hombre y de su ambiente consideradas desde un punto de vista geográfico implican cierta familiaridad en disciplinas variadas” (Sorre, M. 1955.)

Luego, manifiesta su humildad al reconocer que “las páginas de este libro habrán envejecido antes de ser impresas”. Y, también al principio, no solo refleja su deuda con el maestro V. de la Blache, si no que también alude a lo que les debe a dos amigos: E. de Martonne y al biólogo y botánico Charles Flahault.

El lugar de este último es el que conmigo ocupó durante muchos años José A. Valverde, biólogo de amplia visión, aunque también han sido muchos los estímulos de otras procedencias, entre los que se encuentran los de la profesora, colega y, sobre todo, amiga a quién con estos escritos homenajeamos.

Sevilla. Octubre. 2005

BIBLIOGRAFÍA

- BOSQUE MAUREL, J. y ORTEGA ALBA, F. (1995) *Comentarios de textos geográficos*. Ed. Oikos-Tau. Barcelona.
- FEBVRE, L. (1949). *La Tierra y la evolución humana. Introducción geográfica a la Historia*. Tomo IV de la col. La evolución de la humanidad. Coordinada por Henri Berr. Ed. UTHEA. México.
- HUMBOLDT, A de. (1874). *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. 4 vols. Trad. B. Giner. Imp. Gaspar y Roig. Madrid.
- KANT, Immanuel. (1993). *Primeros principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza*. Traducción y estudio preliminar de Samuel Nemirowsky. Ed. UNAM. México.
- NISBETT, A. (1979). *Konrad Lorenz*. Ed. Ultramar. Madrid.
- SORRE, Max. (1955). *Fundamentos biológicos de la Geografía Humana. Ensayo de una ecología del hombre*. Ed. Juventud. Barcelona.
- SORRE, Max. (1968). *Rencontres de la Géographie et de la Sociologie*. Ed. Lib. M. Riviere et Cie. Paris.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1922) *Principes de Géographie Humaine*. Ed.A. Colin. Paris.